

BOLETIN
DE LA
ACADEMIA NACIONAL
DE LA
HISTORIA



XXXIII

PRIMERA SECCION

1962

HOMENAJE A MANUEL BELGRANO AL CUMPLIRSE EL SESQUICENTENARIO DEL TRIUNFO DE TUCUMAN

Sesión del 25 de setiembre de 1962

Palabras del Presidente de la Academia, Dr. Ricardo Zorraquín Becú

Los dramáticos acontecimientos que ha vivido la República obligan a concentrarse y a dirigir la vista al pasado, para buscar en él inspiración y enseñanzas. Por eso es oportuno este recuerdo de las glorias más puras de la Patria, porque ellas deben servir siempre de guía en la afanosa tarea de reconstruir el futuro. *La historia* —como lo dijo aquí hace un año Pedro Laín Entralgo— *es un recuerdo al servicio de una esperanza*. La angustia del presente es confianza en el porvenir cuando busca, para superar las dificultades, el ejemplo de los grandes hechos y realizaciones del pasado, y cuando, por ese conocimiento, es capaz de afirmar su fe en el destino de la humanidad. Sólo así, con esta convicción, podemos seguir trabajando en la empresa, que se renueva incesantemente, de perfeccionar el país en que vivimos.

Sí, los episodios históricos nos muestran crisis tremendas, guerras, luchas fratricidas, divisiones ideológicas, padecimientos innumerables; pero también nos revelan que esas dificultades han sido superadas, y que la humanidad retoma siempre el camino de su adelanto. Esta es la esperanza indestructible que nos anima y nos conforta, porque sabemos, además, que Dios no ha de abandonarnos, y que su rostro severo suele también mostrarse generoso y benévolo.

Hace un siglo y medio nuestra patria estaba en una situación que parecía desesperada. Un gobierno débil y sin apoyo en la opinión pública iba a la deriva de los acontecimientos que no sabía dominar. Perdida la Banda Oriental, ordenaba al ejército del Norte que siguiera retrocediendo hasta Córdoba, y dejara a las provincias de Jujuy, Salta y Tucumán en poder del invasor. El propio general que dirigía esas operaciones había dejado de confiar en los pueblos. No oía más que *quejas, lamentos, frialdad, total indiferencia, y diré más, odio mortal*. . . *Créame V. E., el ejército no está en país amigo*. El recelo contra los porteños era el sentimiento dominante de la opinión pública en el norte, y los

estragos de la guerra habían quebrado el primitivo entusiasmo y la confianza en la victoria final.

De pronto, todo cambia. El ejército llega a Tucumán y allí, bajo la influencia de los Aráoz, se moviliza la población. Belgrano resuelve detenerse en esa ciudad y librar allí una batalla que sabe decisiva. Espera al enemigo en el Campo de las Carreras y, bajo la protección de la Virgen de las Mercedes, el triunfo acompaña a las armas de la patria. El panorama se ha transformado totalmente, y la esperanza renacida va a permitir la reunión de la Asamblea del año XIII, consolidar la victoria en Salta y mantener la independencia, que será declarada cuatro años después en la misma ciudad de Tucumán.

Estos fastos históricos son el mejor estímulo de nuestra fe en la patria, en las reservas de nuestro pueblo y en su destino inquebrantable. Pero son también una enseñanza. El triunfo de Tucumán no fue obra de la casualidad. Fue el resultado de una paciente y continuada acción de Belgrano que devolvió a su ejército la perdida confianza, restableció su disciplina e hizo desaparecer los resentimientos y la indiferencia de las poblaciones del norte. Nada se alcanza sin esfuerzo, y todo progreso es consecuencia de una voluntad puesta al servicio de un ideal, de una esperanza.

De esa victoria y de su artífice, el general Manuel Belgrano, va a hablarnos el doctor Leoncio Gianello, miembro de número de esta Academia, ministro de Educación de la provincia de Santa Fe, vicerrector de la Universidad Católica de Santa Fe y destacado historiador especializado en los temas del litoral, en donde nació y vive.

El doctor Gianello viene de ese litoral para hablarnos, como él sabe hacerlo, de la epopeya de Belgrano, que comenzó allí desplegando la bandera de la independencia y de la libertad. Viene de ese litoral en donde también nació la Constitución que nos rige, para recordarnos que esa bandera y esa ley que tantos sacrificios costaron son el patrimonio común de los argentinos; que debemos venerar la una y cumplir la otra; que ellas nos imponen la continuidad con un pasado de luchas y de glorias y nos señalan la necesidad de seguir viviendo bajo su sombra protectora; y que no puede haber otra solución a los problemas actuales que no derive del acatamiento a esos dos símbolos de nuestra nacionalidad, en torno a los cuales se reúnen, sin ninguna divergencia, todos los que habitan este suelo generoso.

Tiene la palabra el doctor Gianello: su discurso será un canto de esperanza.

Evocación de Manuel Belgrano

Leoncio Gianello

La Academia Nacional de la Historia rinde su emocionado homenaje a la figura prócer de Manuel Belgrano en el sesquicentenario de la gloria de Tucumán.

mán, y tócame por honor inmerecido disertar en esta tarde de gratitud y de evocación para referirme a esa figura de inmaculada grandeza que vive como ninguna otra en el amor y en la comprensión de los argentinos.

Ricardo Levene, cuya presencia espiritual es constante y señera en esta Academia, a la que diera lo mejor de su talento y de su vida, escribió en el Boletín de la Corporación: *En el proceso de la formación de la conciencia revolucionaria, la conciencia pensante y el sembrador de la libertad es Manuel Belgrano*. Cierta y justa la afirmación del maestro, porque fue el creador de nuestra bandera el más preparado entre los argentinos de su tiempo; el de más amplios y más sólidos conocimientos; el de más rico bagaje doctrinario de cuantos prepararon la Revolución de Mayo.

Fue el genio de Mitre quien en 1857 publicó, en *Galería de Celebridades Argentinas*, aquel trabajo que, completado y complementado a través de sucesivas ediciones, habría de configurar la biografía clásica del creador de nuestra bandera y vencedor de Tucumán.

Mitre, que llamaría a Belgrano *el varón más justo y más virtuoso de la República Argentina*, afirmó de él que era uno de esos caracteres históricos que ganan en la intimidad y será más apreciado cada día a medida que vayan revelándose las páginas ignoradas de su vida. Mitre abrió la ancha ruta de admiración por donde Belgrano entraría en el corazón de los argentinos, y hace ochenta y nueve años, en el sexagésimo primer aniversario de la batalla de Tucumán, cuya gloria hoy conmemoramos en su sesquicentenario, el pueblo de Buenos Aires levantaba la estatua ecuestre de Belgrano.

Presidía aquellos grandes días de la República, Domingo Faustino Sarmiento, quien pronunció aquel famoso discurso inaugurando la estatua y cuyas páginas analectas han recogido con el nombre de *Discurso de la Bandera*.

Frente a la enorme multitud que desbordaba la plaza estaba *el condecorado de la estrella, el peregrino de los siete destierros*, según las magníficas expresiones de Loncán; y también Nicolás Avellaneda, el que hizo de la frase hermosa y útil un instrumento de gobierno; y estaban los veteranos de las guerras de la independencia, de aquel ejército de los días iniciales que consolidó la libertad de la Patria y la dio a los pueblos hermanos más allá del Ande y del Pacífico; estaban Zapiola, el de Maipú; Pedernera, el del bautismo de sangre en Chacabuco; Gerónimo Espejo, el de Palta y Sipe-Sipe; Rufino Guido, el de Torata y de Moquegua, y otros valientes sobre cuyas casacas descoloridas el sol dejaba su cuño de oro encendiendo en fulgores las medallas gloriosas de las guerras de la Independencia y del Imperio...

Entonces, en medio del silencio expectante, Sarmiento, el Presidente, dijo: *Tal día como hoy, el General Belgrano, en los campos de Tucumán, con esa bandera en la mano, opuso un muro de pechos generosos a las tropas españolas, que desde entonces retrocedieron y no volvieron a pisar el suelo de la patria, siendo nuestra gloriosa tarea, de allí en adelante, buscarlas por doquiera conservasen un palmo de tierra en la América del Sur, hasta que por el glorioso camino, del que Chacabuco y Maipú fueron sólo escalones, nos dimos las manos en Junín y Ayacucho con el resto de la América, independiente ya de todo poder extraño. Y agregó: Hay una inmortalidad humana que se adquiere por el*

genio, la abnegación o el sacrificio; pudiendo extenderse según la perfección e influencia de aquellas virtudes, a un pueblo, a toda la tierra, a un siglo, a todos los que le suceden mientras exista la raza humana. Belgrano, cuya efigie contemplamos, participa para nosotros, de esas cualidades que hacen al hombre vivir más allá de su época. Hace cincuenta años que desapareció de la escena y no ha muerto, sin embargo, apenas se conserva el recuerdo de la casa en que nació aquí, y todas las ciudades y pueblos argentinos lo reclaman como suyo. Su apellido puede extinguirse según la sucesión de las generaciones; pero dos millones de habitantes desde ahora lo aclaman Padre de la Patria.

Mitre, que ofrecía la estatua en nombre de la comisión de homenaje, afirmaría con esa frase suya ejemplo de verdad y de belleza: *En presencia de este monumento erigido por el patriotismo y por la gratitud póstuma, podemos decir con legítimo orgullo de una nación independiente y libre y con toda la humildad de un pueblo republicano, que jamás gloria más pura ni más modesta se modeló en el bronce de la inmortalidad.*

Hoy, a ochenta y nueve años de aquella ceremonia en que alentó la Patria su orgullo más noble y a ciento cincuenta de la gloria de Belgrano en Tucumán, podemos repetir, glosando la frase del repúblico eminente, que jamás gloria pura ni más modesta se hizo para siempre admiración y gratitud en el corazón de los argentinos.

Tucumán está como predestinada en la vida de Belgrano. Allí supo de amor, de dolor y de gloria. Allí nació la hija que en la hora postrera confió al cuidado de su hermano Miguel; allí cuando enfermo y prematuramente envejecido debió dejar su ejército, sufrió el vejamen de los sublevados al mando de Abraham González que quisieron remacharle una barra de grillos...; allí, en las históricas horas del Congreso que nos dio independencia, se hizo oír en la sesión secreta sobre la forma de gobierno; y allí, en Tucumán, vivió una de las más gloriosas horas de su vida, cuando enraizado en la voluntad de un pueblo dispuesto a defender el suelo natal, detuvo la marcha de su ejército en retirada para enfrentar el avance de las fuerzas invasoras y salvar con la victoria de Tucumán todo el norte argentino conquistado por las tropas realistas.

Venía desde Jujuy en retirada cumpliendo las instrucciones reservadas que el gobierno le había impartido, venía del norte donde el sacrificio de los jujeños había alcanzado contornos legendarios en la gloria del éxodo, donde había formado un cuerpo de caballería bajo el nombre de *Decididos* y donde había levantado de tal modo el espíritu de la población que hasta las mujeres se ocupaban en preparar cartuchos para el combate.

Iniciada el 23 de agosto la retirada, Belgrano fue el último en salir de la ciudad a las 0.30 del día 24. Combatiendo día y noche, aquella tropa que marchaba hacia Tucumán se sostenía en el ejemplo de su general que velando continuamente, ocupando siempre el puesto de más peligro, alentaba a los que flaqueaban, imponía a los cobardes, mirando con desprecio a los que desesperaban de la salvación y estimulaba a los valientes dando su nervio a la retirada. Mitre, al referir esta retirada que Belgrano sostuvo con su valor y con su ejemplo, indica en la nota a pie de página: *El general Paz, tan amargo en sus juicios*

y tan sobrio en sus elogios, dice en su "Memorias Póstumas" que el puesto de Belgrano en la retirada fue eminente y arrojó su responsabilidad con constancia heroica.

El 3 de setiembre el general derrotaba en *Las Piedras* a la vanguardia realista de los perseguidores y al caer la tarde pasó revista a su pequeño ejército retemplado en su moral combativa; felicitó a los vencedores y nombrando por sus nombres a los caídos en las jornadas exclamó al referirse a cada uno de ellos: *no existen, pero viven en nuestra memoria como mártires de la libertad*. Aquella acción tuvo enorme valor moral y fue utilizada hábilmente por Belgrano, cuyo conocimiento del alma humana estaba entre sus grandes dotes de conductor, para enfervorizar el espíritu de aquel ejército que había ido retemplando, paradójicamente a lo largo de una retirada sacrificada y cruenta.

Belgrano tenía el firme propósito de resistir en Tucumán, enfrentando al poderoso ejército de Tristán y desobedeciendo las expresas instrucciones del gobierno de Buenos Aires, cuyo cumplimiento significaba la pérdida de todo nuestro Norte en manos de los realistas.

En sus comunicaciones al Triunvirato se refería a que cuando más profunda fuese la retirada, tanto más difícil habría de ser recuperar lo perdido y a la vez más trabajoso contener la tropa para sostener la retirada con honor; manifestaba también cuánto había retemplado a sus tropas la acción de *Las Piedras* y como al par se desazonaban por esa retirada incomprensible. Comunica por último que estimulará la ayuda de los tucumanos para poder montar a todos los hombres de armas para contramarchar con rapidez, *cargando al enemigo con el todo de mis fuerzas, lo que nos libertaría de retirarnos tanto...*

Y en Tucumán —que no en balde según la referencia de Nicolás Avellaneda, el hijo dilecto de su tierra florecida, quiere decir en su origen quechua *Cabeza luminosa...*—, en Tucumán donde la exuberancia del trópico se hace amor y coraje, Belgrano encontró no sólo apoyo para su esperanza sino la firme decisión de un pueblo de enfrentar hasta el sacrificio y la muerte al ejército enemigo que avanzaba seguro del logro de la victoria definitiva.

Afanosamente, con esa resistencia a la fatiga que lo mantenía en organizadora vigilia constante, Belgrano se dispuso a enfrentar en Tucumán a ese torrente invasor que desbordaba desde el reducto altoperuano. Vanos fueron los apremiantes oficios del gobierno reiterándole la necesidad de continuar la retirada y se preparó para presentar combate. El 24 de setiembre se libró la batalla inmortal; el enemigo doblaba en número al ejército de Belgrano; además aquellas tropas eran veteranas y las del Abanderado de la Patria en su mayoría eran bisoñas y con escaso apoyo artillero. Sin embargo el valor argentino dio aquel día una de sus glorias más puras a la Patria y una de esas batallas que deciden el destino de un pueblo: porque Tucumán frenó el avance victorioso del realista, reconquistó las perdidas provincias de arriba y fue comienzo de esa contramarcha victoriosa que se afianzó en Salta con otra victoria donde Belgrano destacó su temple de soldado.

En Tucumán le cupo a Belgrano la gloria de *haber ganado la batalla contra toda probabilidad* —como dice Mitre— y un historiador militar, el general Emilio Loza, afirma que la victoria se logró gracias al espíritu de combate y a la moral

que Belgrano, aquél que como general de división era difícil superar en América —según el concepto de San Martín— había infundido a sus tropas.

La batalla de Tucumán, cuya gloria hoy nos congrega para celebrar en el recinto agosto de la Casa de Mitre la emocionada evocación belgraniana, *no fue el fruto de órdenes* —dice el general Loza— *sino la consecuencia de seis meses de comando durante los cuales Belgrano transformó los restos de un ejército en retirada en poderoso instrumento de victoria.*

Es que Tucumán es gloria de Belgrano y de ese ejército que el gran conductor supo forjar en medio de la adversidad y templado en sacrificio a ejemplo suyo. El general José María Paz en sus *Memorias* elogia ese valor sereno y grande de Belgrano *comparable al de aquellos senadores romanos que perecían impávidos sentados en sus sillas curules*; de ese general que, en el contraste, era siempre el último en retirarse dando ejemplo y haciendo menos graves nuestras pérdidas, desplegando una energía y un espíritu de orden admirables, confiando siempre, y siempre arrojando hasta límites extremos su responsabilidad. Bien pudo exclamar el manco de Venta y Media aquel *¡Honor al general Belgrano!* que encrespa en frase de admiración la clásica y fría prosa de sus *Memorias* cuando lo recuerda como prototipo de valor, de disciplina, de subordinación, tanto en la hora fácil de la victoria como en el difícil trance de la derrota.

Y en esta evocación belgraniana en la que nos reúne el sesquicentenario de su gloria de Tucumán, habremos de referirnos con limitaciones que el tiempo nos impone a ciertos aspectos de la vida de Belgrano: unos, referentes a la formación de su pensamiento y a su influencia en la gesta de Mayo; otros, a su acción alta de Patria en el escenario de las provincias del Litoral, y el postrero, a aquel momento aciago de su muerte en que en medio de la indiferencia del pueblo acuciado por la desatada pasión militante, era amortajado en el blanco hábito dominicano el más puro y abnegado de nuestros próceres.

En 1786, el día 4 de diciembre el joven Manuel Belgrano, enviado por su padre a España, se matriculó en los cursos de Derecho de la Universidad de Salamanca, la que hoy ostenta orgullosamente la placa de mármol que dice:

En estas aulas estudió derecho —1786-1788— Manuel Belgrano, uno de los fundadores de la Patria Argentina y creador de su bandera.

De Salamanca pasó a Valladolid, en donde se graduó de bachiller en leyes en febrero de 1789 y en cuya cancillería obtuvo el título de abogado el 31 de enero de 1791.

Pero más que los estudios específicos al ejercicio de la abogacía le sedujeron otros; y él mismo dice en su *Autobiografía*: *Confieso que mi aplicación no la contraí tanto a la carrera que había ido a aprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y al derecho público y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes al bien público que me manifestaron sus útiles ideas, se apoderó de mí el deseo de proponder cuanto pudiese al provecho general y adquirir renombre con mis trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos particularmente a favor de la Patria.*

En Salamanca había comenzado dichos estudios por los que demostraría tanto interés y en los que lograría verdadera erudición. En aquella universi-

dad fue miembro de la Academia de Economía Política en momentos en que como lo afirma en su *Autobiografía* estos estudios *cundian en España con furor*; en Madrid perteneció a la Academia de Santa Bárbara.

Era la época de una verdadera resurrección en España de los estudios de que es materia la economía política y que tenían antecedentes en Juan Luis Vives y los que *se acaudalaban magníficamente*, como afirma Zabala y Lera, en este siglo XVIII español en el que el Despotismo Ilustrado orientaba las reformas desde el gobierno.

Belgrano experimentó, como se ha demostrado en varios trabajos sobre el tema, y muy especialmente en el ya clásico de Luis Roque Gondra y en el estudio de Weinberg para la obra de Raigal, la influencia de los pensadores y economistas del siglo XVIII, entre ellos Montesquieu, al que llama el *inmortal Montesquieu* en carta escrita desde Madrid en febrero de 1790 y dirigida a su madre, carta cuyo original se encuentra entre otros manuscritos de Belgrano en el Museo Histórico Provincial de Rosario.

Montesquieu fue una de las firmes admiraciones de Belgrano. Lo lee poco antes de cumplir los veinte años, pero los veinte años de Belgrano son precozmente madurados en reflexión y en seriedad; por eso habrá de asimilar fecundamente las ideas políticas y económicas del pensador francés.

Muchas de las ideas de Montesquieu acerca del comercio, de las ventajas del tráfico libre y de los beneficios que de él obtienen las naciones, influyen directamente en Belgrano; especialmente en lo que atañe al papel civilizador y pacificador de la actividad mercantil entre los pueblos. Comparte también Belgrano las opiniones del pensador francés sobre las ventajas de que predomine el comercio de economía sobre el comercio de lujo; pero habrá de ser sobre todo, en el concepto del trabajo, tan firme, claro y enaltecedor en Belgrano, donde éste encontrará savia rica en el pensamiento de Montesquieu. El autor de *El Espíritu de las Leyes* se ocupa especialmente en el capítulo 29 del Libro XXIV de su obra inmortal, de esa materia y considera que el Estado debe propender a crear y dar trabajo y a estimular el espíritu de trabajo *que es más necesario a los pueblos que todos los asilos del mundo*. Aconseja también que el gobierno favorezca ciertos trabajos necesarios al país y procure dar una educación que conduzca al desarrollo de la producción.

Encontraría más tarde, cuando ahonda en Adam Smith, en su obra *Investigaciones acerca de la naturaleza y de las causas de la riqueza de las naciones* una concepción del trabajo como base del valor, y más tarde aún encontrará en Filangieri, como veremos, nobles conceptos ético-sociales enaltecedores del trabajo humano.

Diderot, Quesnay, Gournay, Turgot, Dupont de Nemours son autores franceses que conoce profundamente y por ellos —como también por el italiano Genovesi— sus tendencias le ubican en ciertos planteos en el campo de la fisiocracia, así como en otros predominará la influencia smithsoniana. Con posterioridad a la importante obra de Luis R. Gondra sobre las ideas económicas de Belgrano, se han realizado estudios para establecer la filiación del pensamiento del prócer de Mayo, entre los que corresponde destacar a los publicados por Mario C. Belgrano en la *Revista del Instituto de Historia del Derecho de la*

Universidad de Buenos Aires acerca de la influencia de los pensadores italianos del Settecento.

Es evidente que el pensamiento iluminista italiano tuvo enorme influencia en la formación intelectual de Belgrano. Filangieri, Galiani y Muratori sustentan doctrinas que influyen en el llamado Filantropismo español y que debían tener favorable acogida en el sentimiento religioso de Belgrano. Tanto Muratori como Genovesi, otro de los principales mentores italianos del prócer argentino, fundamentan sus doctrinas políticas y económicas en bases ético-religiosas y para ellos es ineludible la consideración de estas bases en toda reforma político-social que se realice.

Los estudios de Mario C. Belgrano llevan a ahondar en la lectura de uno de los expositores de la cultura italiana, Bruno Brunello, quien destaca como característica de los iluministas italianos del Settecento su fecundo y flexible eclecticismo. Ellos condensan en sus doctrinas las ideas propias de aquel siglo —que tenían el común denominador racionalista— con otras definidamente nacionales y de raigambre religiosa que provienen de la tradición romana de tanta influencia en Italia. El rigor del individualismo liberal económico, al que llevaban los fisiócratas y la escuela manchesteriana con sus principios tan conocidos por Belgrano, se atemperó a través de los representantes del pensamiento iluminista italiano, en los que encontró ideas tan afines con las de su formación cristiana, con su ansia generosa de protección al prójimo y de ayuda a los necesitados y a los débiles, o sea a los realmente olvidados en un liberalismo riguroso.

Por eso a medida que el futuro Secretario Perpetuo del Consulado de Buenos Aires ahonda en sus estudios económicos, políticos y sociales, se arraiga en las concepciones del pensamiento italiano del Settecento, ecléctico, popular, nacional y cristiano y tan distinto por lo tanto del iluminismo francés de fundamentación ateo-burguesa, Belgrano se siente cada vez más unido a esa corriente ideológica que trató de hacer la reforma con el pueblo mismo; y es que Belgrano tuvo siempre un profundo sentido democrático, no solamente teórico y expuesto en sus escritos sino demostrado en la práctica, como en aquel *Reglamento para el gobierno de las Misiones* en el que dio a los habitantes de la región, a los indígenas hasta entonces sometidos a regímenes de desigualdad, todos los derechos, con ese verdadero sentido de la Revolución de Mayo de cuyo ideario es Belgrano el principal creador.

En las obras del conde Pedro Verri, uno de los defensores más meritorios de la reforma civil en Milán, encontró las críticas científicas *al monstruoso sistema de administración que aplicaba España tanto en la península como en América*. En Ludovico Antonio Muratori se inspiró en el concepto de función social que debe tener el derecho de propiedad preconizado por el sabio consejero de Rinaldo de Este, siglos antes de la exposición metodológica de Dugüit. Por eso son tan claras las ideas de Belgrano respecto al derecho de propiedad, al que también, con otro italiano del Settecento, Antonio Genovesi, considera como un derecho natural inherente a la personalidad humana pero que debe ser realizado en función de la comunidad en que vive. De los iluministas italianos es sin duda el grupo napolitano —Genovesi, Ferdinando Galiani, Gaetano

Filangieri y Mario Pagano, vulgarizador de las nuevas ideas— el grupo que influye más en el pensamiento de Belgrano.

La influencia filangieriana es especialmente válida en los conceptos sobre la distribución de la tierra de manera tal de evitar la concentración en pocas manos, como igualmente es contrario a todo monopolio. Belgrano dirá en uno de sus trabajos del *Correo del Comercio*:

... no ha habido quien piense en la felicidad del género humano que no haya traído a consideración la importancia de que todo hombre sea un propietario para que se valga a sí mismo y a la sociedad, por eso se ha declamado tan altamente a fin de que las propiedades no recaigan en pocas manos y para evitar que sea infinito el número de los no propietarios: ésta ha sido materia de las meditaciones de los sabios economistas en todas las naciones ilustradas y a cuyas reflexiones han atendido los gobiernos conociendo que es uno de los fundamentos principales, si no el primero, de la felicidad de los Estados.

Entre esos sabios economistas está en primer lugar Filangieri, y es sabido que entre los italianos del Settecento, Antonio Genovesi y Pedro Verri atacaron también el latifundio como un mal para el Estado y la Sociedad. El latifundio era precisamente la casi corriente condición económico-social de la tierra en el Río de la Plata cuando Belgrano comenzó su prédica renovadora desde las *Memorias del Consulado*, en los artículos en el periódico de Vieytes y en el suyo propio.

Tenía bien ganado prestigio de estudioso de la ciencia económica y de erudito en ella cuando se le ofreció en Madrid el cargo de Secretario Perpetuo del Consulado de Buenos Aires que iba a ser creado y cargo que Belgrano obtuvo sin haber hecho la más mínima gestión por conseguirlo.

Ese prestigio determinó su designación y Belgrano la aceptó *alucinado y lleno de visiones favorables a la América*. Tenía la exacta noción de lo que debía hacerse para bien y progreso de su Patria y creyó que el Consulado podría ser el grande y útil instrumento para las fecundas realizaciones. Sobre todo cuando consideró que tales cuerpos, en sus Juntas, tenían por objeto suplir a las sociedades económicas de las cuales Belgrano tenía formado el mejor concepto, ya que conocía la labor de ellas en favor del fomento de la agricultura española, la implantación de nuevas industrias y la necesidad de la olvidada instrucción para adultos. Eran todos ellos problemas que habían tratado de solucionar las Sociedades Económicas de Amigos del País desde la primera, iniciada en las Vascongadas por el conde de Peñaflores (abril de 1765), hasta las muchas que ya existían en toda España cuando Belgrano vivía en la Península.

Llegado a Buenos Aires, muy pronto habría de desencantarse de los hombres a cuyo lado le tocaba actuar. Hombres que no sabían más que su comercio monopolista; rampones de ideales y de sueños. Pero el Secretario reaccionaría favorablemente. Narrando en sus *Memorias* aquel momento de su vida, dice:

Mi ánimo se abatió y conocí que nada se haría en favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían el del común. Sin embargo, ya que por las obligaciones de mi empleo podía hablar y escribir sobre tan útiles materias, me propuse, al menos echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados del mismo espí-

ritu se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar.

Y sembró esperanzadamente esas semillas en sus famosas *Memorias* del Consulado, en sus artículos del *Telégrafo* y del *Semanario* y en los muchos de su *Correo de Comercio* mientras al par era de los primeros en soñar con el cambio profundo de las estructuras de gobierno y fue de los auténticos precursores de ese gran movimiento que habría de culminar con la gloria de Mayo, del que Belgrano es indiscutible y destacado forjador.

Su obra se tradujo en proyectos y en creaciones, muchos de ellos encaminados directamente a la enseñanza, por eso bien ha podido afirmar Levene en su trabajo "*Belgrano y la libertad económica*": *Antes de 1810 nadie en el Plata abrazó con más fe la causa de la educación pública que Manuel Belgrano*, para agregar definitivamente en el párrafo siguiente:

Tenia condición de educador. Por sobre todas las demás virtudes de su espíritu sobresale el don —que posela en alto grado— de difundir su saber, de exponerlo convincentemente, de persuadir. La tribuna del Secretario del Consulado fue prestigiosa cátedra de enseñanza.

Este hombre de pensamiento, de meditar hondo y vasto, de saber profundo, estaba también hecho para la acción. No en balde era él quien en el cabildo abierto del 22 de mayo —corazón de la revolución emancipadora— fue encargado de hacer la señal con un pañuelo blanco para lanzarse los patriotas a la acción en caso de que se tratase de violentar la asamblea.

Y ese sembrador de cultura, ese creador de escuelas y de academias, ese apóstol de la educación del pueblo en quien arraigan las grandes consignas fecundas que movieron la acción de Rivadavia y de Sarmiento; este soñador de libertad y de justicia, este iluminado visionario del futuro, salió un día pregonero de libertad al frente de aquella mal equipada expedición que iba a llevar a la ardiente tierra guaraní el ideario de Mayo.

Permitidme que, como hombre del litoral, recuerde con orgullo aspectos del itinerario por tierras litorales de esa marcha esperanzada hácia el destino.

Belgrano, *Jefe improvisado de la Revolución y animado de su espíritu heroico*, según la acertada expresión de Mitre, ha salido de Buenos Aires en setiembre de 1810 al frente de doscientos combatientes entresacados de diversos batallones. Jefe y soldados marchan convencidos que *al solo nombre de la libertad los pueblos del trayecto marcharán a engrosar sus filas.*

El gobernador de Santa Fe, coronel Manuel Ruiz, tuvo noticia oficial de la Expedición de Belgrano al Paraguay el 18 de setiembre de 1810 y de inmediato lo comunicó, a los efectos de prestar la colaboración más decidida, al alcalde de Rosario, don Isidro Noguera, y al jefe de las Milicias, comandante don Pedro Moreno. Ambos despliegan eficaz actividad y el bravo Gregorio Cardoso está otra vez como en 1807, al frente del aguerrido batallón rosarino.

Antes aun de que el futuro Abanderado de la Patria pisase suelo santafecino, ya estaba la ayuda de Santa Fe hecha presencia. El 27 de setiembre las fuerzas de Cardoso y algunos voluntarios de los pagos de San Lorenzo y Coronda llegaron a San Nicolás, donde arribó al día siguiente el general Belgrano con sus doscientos soldados de tropa de línea.

Entre vítores a la Patria y a la Revolución se incorporaron a las fuerzas expedicionarias, en San Nicolás, trescientos cincuenta y siete hombres de las poblaciones del norte de Buenos Aires y sur de Santa Fe.

Los voluntarios estaban casi todos armados de sables o chuzas. Unos pocos tenían armas de fuego y eran éstas, afirma el general, *viejas carabinas que luego de hacer unos disparos se inutilizaban.*

Así reforzado continúa Belgrano su marcha hacia Santa Fe. En el trayecto se le incorporan, aisladamente, o en pequeñas partidas, gauchos de la provincia que quieren ofrecer sus vidas a la Patria.

El 1º de octubre por la noche llegó Belgrano a Santa Fe. A pesar de la noche oscura —narra Rubén González— y de haber tratado de eludir toda recepción, fue objeto de parte del Teniente de Gobernador y del Cabildo de grandes demostraciones de simpatía, a las que se asoció el pueblo recibéndole con aclamaciones.

Santa Fe es extremadamente pobre: exhaustas están las cajas del tesoro, y los escasos blandengues que la defienden del indio apenas si alcanzan para el bravo y cotidiano menester. Pero tiene alta instancia de Patria, por eso sacará de su pobreza la ofrenda generosa aun cuando quede indefensa ante el salvaje.

Entre los que ayudaron al ejército se destacó Francisco Antonio Candiotti; pero el vecindario todo colaboraba aportando algo de su caudal escaso y *no pasaba día* —dice el cronista Iriondo— *sin que el óbolo santafesino no aumentase el magro tesoro de la expedición.*

Pero, sobre todo, lo que la Patria necesita son hombres prácticos en el servicio de las armas, templados en el rigor de las campañas contra el indio, endurecidos en la inclemencia de soles y de lluvias, hechos a las fatigas de las marchas largas, a las noches sin sueño y a los días de lucha brava o de trabajo intenso pero de carne y de tabaco escasos.

Necesita no solamente del coraje sino de la veteranía en la pelea; y Santa Fe, en rasgo heroico, se desprende de sus blandengues y queda indefensa, pero bendecida de gloria, en la alta magnitud del sacrificio.

Antes de resolverse la incorporación de esas tropas, un joven blandengue se presenta ante el general Belgrano: viene a solicitarle que se le permita marchar con la primera columna de vanguardia. Es Estanislao López, el que luego habrá de ser el campeón de la autonomía santafesina y *Patriarca de la Federación.*

Belgrano se siente conmovido ante las muestras de patriotismo dadas por Santa Fe y confiere a la ciudad, en su Ayuntamiento, el título de *Noble* que la Primera Junta confirmó por resolución del 8 de octubre de 1810.

En la ciudad de Santa Fe se agregaron doscientos hombres a los muchos que en el territorio santafesino se habían incorporado al ejército de Belgrano que, así reforzado, cruzó el Paraná para atravesar Entre Ríos y Corrientes y llegar al Paraguay en esforzada misión de libertad.

A su llegada a la Bajada (actual Paraná) iba a ponerse de manifiesto la decisión de los entrerrianos por la causa de Mayo.

El alcalde Juan Garrigó se destacó en aquellas circunstancias por su actividad y su entusiasmo, y un donativo de setecientos caballos le fue entregado

al vocal de la Junta y General de sus ejércitos por iniciativa del alcalde de Paraná.

Es indudable que el patriotismo de los entrerrianos facilitó la organización de las fuerzas que debían expedicionar al Paraguay. El general Belgrano en sus *Memorias Póstumas*, publicadas en 1867 por la *Revista de Buenos Aires*, dice:

Debo hacer aquí el mayor elogio del pueblo de Paraná y toda su jurisdicción: a porfía se empeñaban en servir, y aquellos buenos vecinos de la campaña abandonaban todo con gusto para ser de la expedición y auxiliar al ejército de cuantos modos les era posible. No se me olvidarán jamás —agrega— los apellidos Garrigó, Ferré, Vera y Hereñú: ningún obstáculo había que no venciesen por la Patria.

Paraná era el punto de reunión de las fuerzas expedicionarias y allí concentró Belgrano su ejército. Los donativos seguían acreciendo; y doña Gregoria Pérez de Denis puso a disposición del general *todas sus haciendas, casas y criados desde el río Feliciano hasta el puesto de las Estacas.*

Belgrano contestó desde el Paraná, de su puño y letra:

Ud. ha conmovido todos los sentimientos de ternura y gratitud de mi corazón, al manifestarme los suyos tan llenos del más generoso patriotismo. La Junta colocará a Ud. en el catálogo de los beneméritos de la Patria, para ejemplo de los poderosos que la miran con frialdad.

Así eran las mujeres en aquellos tiempos, acota Mitre.

Concentradas sus fuerzas en la Bajada, Belgrano continuó su marcha en dirección al Paraguay.

Cuando llegó el general Manuel Belgrano al territorio correntino, la aguerrida provincia colaboró decididamente en esa noble empresa de Patria que fue la Expedición al Paraguay y que se constituyó en verdadera piedra de toque para el patriotismo de los pueblos del litoral.

Se ha visto la generosa contribución de Santa Fe y de Entre Ríos al paso de la expedición de Belgrano por sus respectivos territorios. Corrientes no iba a quedar a la zaga en la ofrenda de su contribución en combatientes y en bienes. Como lo señala el historiador Hernán F. Gómez, *el general Belgrano recibió toda clase de ayuda del vecindario. El entusiasmo correntino llevó a su alma el mejor de los recuerdos como jamás lo había experimentado en otras circunstancias.*

Los efectivos de la expedición se aumentan en el territorio correntino, especialmente con milicianos del sur y ochenta pardos que ingresaron en la artillería cuando el general reorganizó su ejército en Curuzú-Cuatía.

En esta breve etapa, Belgrano "el civilizador", trazó los pueblos de Mandisoví y de Curuzú-Cuatía, decretando su fundación como representante de la Junta. Dictó a tal efecto el Reglamento del 16 de noviembre de 1810 y reconcentró la población diseminada en la campaña reuniéndola —dice Mitre— alrededor de la escuela y de la iglesia, que eran las dos piedras angulares de la civilización y la libertad.

El gobernador de Corrientes, don Elías Galván, puso trescientos correntinos sobre los pasos del Rey e Itatí, de acuerdo con órdenes de Belgrano que,

de esta manera, quería llamar la atención de los paraguayos de Velazco impidiendo que sus naves remontaran el río y vinieran a dificultar más abajo el pasaje de las armas patriotas.

Después de los combates de *Paraguari* y *Tacuari*, donde los paraguayos resultaron vencedores, el general Belgrano solicitó refuerzos a Galván. Mantilla, según datos tomados del Estado del Ejército, afirma que se le envió un regimiento de caballería y una compañía de infantería con un total de 320 plazas. Estas tropas auxiliaron la retirada de Belgrano y marcharon a la Banda Oriental, donde sirvieron hasta el armisticio de octubre de 1811.

También en tierras del litoral *porque era preciso enarbolar bandera y no teniéndola*, él crea en día de gloria sempiterna en la batería rosarina aquel descendimiento maravilloso de cielo que se enastaba, y cuando el 27 de febrero de 1812 el clarín rasgó con su vibración de epopeya el silencio expectante, las manos del santafesino Cosme Maciel, trémulas de bendecido privilegio, hacían subir aquella enseña sacrosanta bajo cuyas alas de gloria se forjó la gesta armada de la libertad y también la epopeya civil del progreso argentino...

Fueron después los días de la marcha hacia el Norte con aquel ejército que él supo disciplinar férreamente como lo destaca el general José María Paz, su subalterno entonces, y juez bien entendido para apreciar sobre organización militar; fueron los días gloriosos de esta batalla de *Tucumán* cuya epopeya nos reúne en el fervor del homenaje, y de la gran victoria de Salta; y la donación de su premio militar para fundar escuelas de la Patria a las que dio su *Reglamento*; y también las horas aciagas en *Vilcapugio* y *Ayohuma*; y aquella misión diplomática con Rivadavia por tierras de Europa *mendigos de libertad para su tierra*, para usar la expresión de Octavio R. Amadeo; y su regreso a la Patria y su subordinado cumplimiento del deber del soldado acudiendo con el corazón dolorido al escenario cruento de la guerra civil a la que quiso, esperanzadamente, poner término en el armisticio de San Lorenzo, esperanza desvanecida por incomprensión mutua de quienes tenían la ley y de quienes eran dueños de la fuerza; y hasta llegar a los días amargos de su enfermedad y del quererle aherrojar la soldadesca tumultuosa aquellas extremidades doloridas e hinchadas donde hasta el roce de las delgadas batistas ponía su punza quemante de dolor...

Estaba ya marcado su infortunado destino inmediato para resurgir luego, más allá de la muerte, como un ejemplo y como un símbolo a la gratitud de las generaciones argentinas; estaba en su vida esa dura etapa en que volvería a su amada Buenos Aires, a la vieja casona aledaña al convento de Santo Domingo para vivir los meses de la agonía doliente.

1820 es nuestro año terrible; año de oscuros auspicios y de él es símbolo cruel y trágico aquel 20 de junio —día infausto en el calendario de la República— en el que moría abandonado, casi solitario, el más puro y noble de nuestros próceres, mientras la pasión militante anarquizaba la instauración gubernativa en la altiva Buenos Aires... Moría en extrema pobreza, y sólo un periódico, el *Despertador Teofilantrópico*, del padre Castañeda, en su número del 25 de junio anunciaba su muerte y publicaba una ríspida elegía. Habría de transcurrir un año para que el Cabildo acordara la celebración de solemnes

funerales, encomendando a Fray Cayetano Rodríguez la oración fúnebre exaltando las virtudes del prócer.

El domingo 29 de julio de 1821 se hicieron las honras fúnebres correspondientes en la Iglesia Catedral. Al rayar el alba tronó el cañón de la Fortaleza, repitiendo su bronco mugir de cuarto en cuarto de hora hasta las cuatro y media de la tarde. Asistieron el gobernador y los altos jefes militares, los diplomáticos de los pocos países que nos habían reconocido; las tropas de la guarnición, con el luto militar dispuesto, rindieron honores y el comercio cerró sus puertas. El doctor José Valentín Gómez destacó las virtudes cívicas y militares de Belgrano y en casa de Saratea se inició la suscripción auspiciada por Bernardino Rivadavia para fundar un pueblo que llevase el nombre del vencedor de Tucumán y padre tutelar de la República.

Despertaba la patria de su olvido para honrar la gloria de Belgrano. Ya reiteradamente el fervor belgraniano se haría homenaje: pueblos y calles, escuelas y fundaciones llevarían su nombre preclaro; sus monumentos señorearían. se levantarían como jalones de bronce y de mármol recordando su vida ejemplar; historiadores y poetas mostrarían la verdad de su grandeza, pero, por sobre todo, encarnaría en amor en el alma agradecida de la República.

No era sin duda el ángel que más de una vez reflejaron lecturas escolares. Era un hombre cabal: amasado con barro y con estrella. Era, contrariamente a la imagen frecuentemente difundida, un hombre de tremenda y férrea voluntad, de indomable carácter, de firme ejecución. Sabido es que la disciplina que impuso a sus ejércitos era a menudo intolerable para sus soldados y, si supo del perdón y la bondad, sabido es también que dio alguna vez —casi con la rapidez de Lavalle en la tarde de Navarro— la orden extrema con la entereza de las decisiones inapelables. El recuerdo puede y debe acuñarlo en forja de abnegación y en altura de sacrificio porque esas fueron constantes de su vida, pero es también exacta su dimensión histórica en medio del combate, sangrienta su espada de valiente, rodeado por su tropa diezmada en aquella resistencia heroica, en aquel Cerro llamado desde entonces de los Porteños, despertando la admiración más grande de sus enemigos por ese valor magnífico que hasta engrandecía el dolor de la derrota...

Hoy estamos de nuevo reunidos con argentino fervor para evocar la figura prócer de Belgrano, cada día más grande y definitiva a medida que ahonda en el estudio de su obra y de su tiempo. La admiración y la gratitud nos reúnen y le vemos por firmes rutas de evocación, erguido en ejemplo sobre los tiempos para dar a esta generación argentina que vive horas de prueba, como a todas las generaciones futuras de la Patria, la lección ejemplar de su sacrificio, de su coraje y de su virtud; virtud, coraje y sacrificio que como en el simbolismo perfecto del triángulo pitagórico son la clara, la auténtica, la cabal dimensión de la grandeza de Belgrano.

Resolución N^o 1549 del Ministerio de Educación y Cultura de la
Provincia de Santa Fe, adhiriendo al homenaje que la Academia
Nacional de la Historia tributara al Dr. Arturo Capdevila

Santa Fe, 26 de octubre de 1962.

VISTO:

El homenaje que la Academia Nacional de la Historia ha de tributar el próximo martes 30 del corriente, al eminente polígrafo don Arturo Capdevila con motivo del cuadragésimo aniversario de su incorporación como Miembro de Número al más alto cuerpo de estudios históricos del país, y

CONSIDERANDO:

Que ese justiciero homenaje, como otros de entraña y ámbito de admiración que ha recibido el ilustre historiador y hombre de letras, constituyen la expresión del reconocimiento a una fecunda labor de cultura enraizada en el amor a la España Eterna, agrandadora del mundo y madre de pueblos, orientada hacia los valores auténticos de la Argentinidad y dada en ciencia y en belleza como noble e impercedero tributo a la cultura de la Patria;

Que en su noble afán de ciencia el historiador y el poeta ha consagrado la actividad de los últimos años a estudios de índole biológica para poner una vez más su talento —en nueva y generosa dimensión— al servicio de la humanidad;

Que el doctor Arturo Capdevila simboliza y encarna señera figura en el quehacer cultural de nuestro siglo, comoregonero de verdad, y de belleza, erguido ante los tiempos sobre el firme basamento de su obra admirable.

El Ministro de Educación y Cultura de la Provincia de Santa Fe,

RESUELVE:

1^o) — Adherir al justiciero homenaje que la Academia Nacional de la Historia tributa al Dr. Don Arturo Capdevila, con motivo de cumplirse los cuarenta años de su incorporación como miembro de Número a ese docto cuerpo.

2^o) — Cursar nota con copia de la presente resolución a la Academia Nacional de la Historia y al Dr. Don Arturo Capdevila.

3^o) — Regístrese, comuníquese y archívese.

(Fdo.): LEONCIO GIANELLO